

CIUDADANO DE LA EVOLUCIÓN

CITIZEN OF EVOLUTION

Adrián Baquero Gotor

DOI: 10.26754/ojs_arif/arif.202125892

Manzanal Ciancaglini, A. (2021): *Ciudadano de la evolución*, Madrid: Tecnos.

El origen de Occidente sigue siendo un problema filosófico en sí mismo para el pensamiento contemporáneo, tratando de identificar nuestros orígenes para poder conocer la evolución cultural que nos ha llevado a ser lo que somos actualmente. Es precisamente el concepto de “evolución” el que da título y se convierte en uno de los temas centrales de este libro escrito por el politólogo e investigador Augusto Manzanal Ciancaglini. En esta obra se propone un análisis histórico de nuestro desarrollo evolutivo Occidental partiendo de Roma, una cultura que convirtió las técnicas defensivas en su mejor estrategia expansionista alterando por completo las fronteras y configurando una particular relación Yo-Otro. Pero este libro no se queda simplemente en un análisis histórico de Roma en la Antigüedad, sino que sigue analizando la trayectoria histórica de esas técnicas y estrategias propias de la idiosincrasia romana que perduraron en el tiempo y tuvieron su continuidad histórica en épocas posteriores hasta llegar a la actualidad. Y es que, sin ni siquiera ser conscientes, quizá todavía sigue quedando mucha influencia del romano en el sujeto contemporáneo.

Las pretensiones del autor en este curioso libro las expone él mismo en el prefacio. No se trata de realizar un profundo análisis histórico de una época o de un momento concreto, pues no estamos ante un libro tradicional de historia como tal. Más bien propone un análisis reflexivo con la intención de, en palabras del autor, “cosquillar el pensamiento”. Es decir, plantear unas reflexiones que el propio autor pretende que vayan más allá de lo que aquí se expone, a partir de las interpretaciones que inevitablemente vamos a realizar quienes leemos la obra, pues los contenidos del texto parecen estar estructurados de tal manera que requieren esa reflexión interpretativa sobre muchas de las ideas aquí lanzadas. Por esta razón, tras la lectura de los primeros capítulos, no caigamos en el error

de esperar un libro de historia, pues estamos más bien ante un libro de carácter reflexivo que pretende ir más allá. Por ello, el mismo autor avisa de que van a aparecer ciertas “profanaciones que pueden crispar a especialistas” pero que tienen sentido en el espíritu filosófico de este libro, pues esas profanaciones pueden ser tremendamente estimulantes para el pensamiento.

En el primer capítulo, el autor comienza haciendo un interesante análisis del origen mitológico de Roma que ha sido relatado a través de la literatura clásica, contrastándolo al mismo tiempo con un análisis historicista (es decir, desmitificado) de cómo fue realmente el surgimiento y desarrollo de esta civilización desde sus orígenes a través de los datos que conocemos sobre esta “república bicéfala” compuesta por los auténticos romanos y sus extranjeros, que aunque pudieran haber sido vistos como el Otro (es decir, como el extraño o el enemigo), también fueron parte constitutiva del Yo necesarios para afianzar su propia “romanidad”. Cuando hablemos de los adversarios de Roma, no debemos pensar exclusivamente en sus enemigos exteriores, sino también en sus enemigos interiores, pues este análisis desmitificado de la política romana procura desmontar esa pantomima que encubre una historia construida a partir de traiciones, sobornos, cambios de bando y asesinatos entre los propios romanos que rivalizaban por el poder. Ese convulso panorama geopolítico de Roma llevó a ciertas conductas desquiciadas que el autor ejemplifica recurriendo a las biografías de grandes figuras como Calígula o Nerón, pues dedicarse a la política durante este periodo se convirtió en algo semejante a una actividad de alto riesgo, que te deparaba o un enorme éxito o un destino atroz.

En el segundo capítulo se expone una de las ideas más interesantes trabajadas en este texto: la defensa como estrategia indispensable para explicar la expansión de Roma. Tendemos a pensar que una civilización tan bélica como la romana, que tuvo una política expansionista muy exitosa, estaría basada en una serie de estrategias de ataque. Sin embargo, aquí se nos muestra que la clave de este éxito expansionista fue la defensa, y que incluso el extranjero se convirtió en una estrategia defensiva. Una de las grandes virtudes del Roma fue esta relación con el Otro o extranjero, pues Roma fue incluyendo en su Imperio los territorios conquistados y dotando de distintos derechos a sus nuevos ciudadanos según la región o el lugar, incluso respetando ciertas soberanías locales, pero siempre anteponiendo su ley.

Dentro de su política bélica y expansionista, el objetivo de Roma en sus campañas por el mundo fue siempre obtener la victoria, sin importar tanto los medios con los cuales se conseguía. El éxito de esas campañas militares realizadas

con sus ejércitos a miles de kilómetros de su capital estaba en sus técnicas defensivas, llegando a convertir la inmovilidad en una táctica militar basada en esperar el ataque del rival para aprovecharse de su desgaste y repeler su embestida. Hicieron de la paciencia, la espera y el contragolpe sus principios tácticos, recurriendo al tesón y a la constancia como principales valores para afrontar la enorme dificultad de sus campañas. Las retiradas no eran motivo de vergüenza ni las derrotas eran motivo de desazón, pues ambas alimentaban el sentimiento de venganza que les haría volver al campo de batalla con más fuerza. Además, en este mismo capítulo, el autor expone una interesante reflexión hablando sobre el uso del escudo como principal elemento material representativo de esas estrategias defensivas predominantes en el ejército romano, explicando que adoptaron estos recursos defensivos de otras culturas (de Grecia, de los Galos, etc) adaptándolos e integrándolos en sus tácticas.

En el tercer capítulo, el autor se apoya sobre las tres etapas de la historia de Roma que identifica Edward Luttwak, relacionándolas con tres diferentes estrategias de defensa de sus fronteras. En una primera etapa, según Luttwak, Roma recurrió a las negociaciones con otros pueblos para abastecerse de ejércitos, hombres y armas que les permitieran defender sus fronteras. En una segunda etapa, tras un mayor desarrollo expansionista del Imperio, las fronteras se protegen mediante líneas defensivas formadas por los propios soldados romanos. En una tercera y última etapa, en pleno ocaso del Imperio, se optó por una defensa más flexible recurriendo al uso de ciertos territorios de las provincias limítrofes como fronteras de márgenes elásticos, lo cual permitía abaratar y economizar recursos defensivos en extensos territorios.

Para el autor, estas tres operaciones defensivas que identifica Luttwak pueden asociarse a ciertas escuelas helenísticas de la Antigüedad que tuvieron su influencia en el pensamiento latino, entre otras cosas porque la filosofía romana buscaba aplicar su sabiduría a la práctica, algo que también buscaban los filósofos griegos de la época helenística. De tal manera, la primera etapa de Luttwak podría relacionarse con el escepticismo y el pirronismo, un movimiento filosófico en el que todo conocimiento era puesto en cuestión basándose en las múltiples perspectivas existentes y en la imposibilidad de encontrar una verdad única o absoluta. En este sentido, en esta primera etapa los romanos recurren a la mezcla con otros pueblos para crear su estrategia defensiva, adquiriendo algunas de sus costumbres e integrando algunas de sus técnicas. La segunda etapa de Luttwak podría relacionarse con el epicureísmo, una sabiduría hedonista que recurre a la virtud de la prudencia y de la fortaleza del alma para superar los

miedos y encontrar el bienestar. Del epicureísmo los romanos pudieron aprender varias virtudes, pero en lo defensivo los límites fronterizos se establecieron como barreras naturales y artificiales que separaban materialmente el Imperio de su entorno, como el jardín de Epicuro estaba delimitado por los muros que separaban su finca de la ciudad. Por último, la tercera etapa de Luttwak podría relacionarse con el estoicismo, la filosofía predominante en Roma. El estoicismo, a diferencia del epicureísmo, sí invitaba a participar en política, promovía el cosmopolitismo, la imperturbabilidad del alma y otros valores pragmáticos y prácticos que el pensamiento latino integró no solo como una filosofía, sino también como una conciencia propia de la ciudadanía romana. Tomaron el lema estoico/cínico de “vivir de acuerdo con la naturaleza” —y con la razón— como una manera de aceptar que Roma dejaba de poseer un dominio absoluto.

En el cuarto capítulo, el autor concluye las reflexiones expuestas anteriormente argumentando que la estrategia defensiva de Roma viene condicionada por la curiosa relación Yo-Otro que se produce durante este periodo, pues se describe como una civilización que conquista nuevos territorios imponiendo su cultura y sus prácticas, pero al mismo momento integrando dentro de sí misma nuevos elementos de lo conquistado. Ello se puede comprobar incluso en el mismo origen de los emperadores, que originariamente procedían de la península itálica y posteriormente procedieron incluso de otros lugares como Hispania (Trajano) o de África (Séptimo Severo).

En los siguientes capítulos vamos dejando atrás la Roma clásica partiendo del análisis de las posibles causas del ocaso de esta civilización tras la disolución de sus fronteras físicas y reales. Tal declive cultural y político pudo traer a Roma la necesidad de la salvación espiritual, hecho que puede explicar el auge del cristianismo durante este periodo. De tal manera, adoptar el cristianismo también podría interpretarse como una estrategia defensiva a través de la cual Roma siguió perviviendo en el tiempo. A lo largo del capítulo quinto, el autor analiza su continuidad en épocas posteriores de la historia, partiendo del legado directo de Roma en el Papado y mostrando el Estado Pontificio como el origen del Estado Moderno. En definitiva, en este capítulo se quiere dar a entender que el italiano en la historia es el romano que nunca se ha ido, desdibujando sus límites y fronteras en la Edad Media, en el Renacimiento y en otros periodos de la historia de Occidente.

En el sexto capítulo, dando continuidad a la reflexión anteriormente expuesta en el capítulo sexto, el autor hace un detallado análisis de las tácticas de defensa y de resistencia propias de la cultura de origen italiano que todavía aparecen

en nuestra historia contemporánea, en concreto analizando estas técnicas en el deporte desde la *catenaccio* en el fútbol hasta los púgiles italianos que reforzaron la defensa como técnica para buscar la victoria en el boxeo. De alguna manera, el deporte parece ser ese nuevo campo de batalla en el que se despliegan estas técnicas ancestrales de resistencia.

Finalizando el libro, el capítulo séptimo se presenta como el final de un proceso en el cual se aborda directamente otro de los temas centrales del libro: el sujeto en la relación Yo-Otro, con su articulación ética y política. Ese sujeto, que en algunos momentos del texto se podría interpretar como una alternativa del superhombre nietzscheano, es llamado “Ken Tralis” (o también “hombre central”) en la construcción literaria que elabora el autor en este capítulo. Para comenzar este apartado —compuesto por muchas ideas cruzadas— el autor recurre a diferenciar varias concepciones de libertad: en primer lugar, basándose en Norberto Bobbio, distingue entre libertad liberal y democrática, dos libertades que juntas complementan la autodeterminación individual del liberalismo y la autodeterminación colectiva de la democracia. Posteriormente, demostrando la complejidad filosófica y jurídica del concepto “libertad”, recurre también a Isaiah Berlin para distinguir entre libertad negativa y libertad positiva, interpretando la negativa como aquella que intenta limitar intervenciones externas y la libertad positiva como aquella que tiene el ser humano para hacerse a sí mismo. El autor aquí propone encontrar el punto central o término medio entre estas concepciones de libertad, dando lugar a lo que él denomina “libertad neutra”.

Para explicar este proceso el autor recurre a la dialéctica del filósofo del idealismo alemán Georg Wilhelm Friedrich Hegel, quien propuso la teoría de que la realidad evoluciona a partir de un proceso dinámico de oposición de contradicciones. Siguiendo el esquema hegeliano, si la libertad positiva fuera la tesis y la libertad negativa fuera su antítesis, aquella síntesis a la que daría lugar esta contradicción es la libertad neutra.

Esa libertad neutra define al hombre central que nos está presentando el autor en este capítulo. El hombre central guarda ciertas similitudes con el superhombre nietzscheano, aunque también parece haber ciertas diferencias entre ellos. Ambos comparten el mismo espíritu de renovación moral proponiendo una ética evolucionista que ayude al ser humano a progresar y a replantearse su relación con el Otro, a partir de la cual el hombre central establece una reflexión política que parece ser indispensable para su condición. Esa ética evolucionista no puede fijar al hombre central a nada, sin fronteras claras ni bien definidas. Se mueve entre el etnocentrismo y el relativismo cultural, pues su proyecto ético-político no

plantea aislarse del exterior sino practicar una apertura que le permita un mayor desarrollo, obteniendo más medios y evitando algunas presiones.

Así, desde una posición posmaterialista, el autor asocia ese hombre central con la idea de evolución, concepto que da título al libro. Pero no se queda únicamente en una propuesta ética, pues el hombre central debe recurrir a la articulación política del Estado para garantizar su conservación, y por tanto ese Estado también debe guiarse por ese principio evolutivo. Así parece acreditarlo el autor en el epílogo final, un breve texto de conclusión en el que habla de la permanencia y evolución de Roma en nuestra civilización, una Roma que aquí presenta como el origen de nuestra reflexión política sobre la gestión colectiva de las individualidades.

En definitiva, cumpliendo con las pretensiones del autor expuestas en el prefacio, podemos tomar este libro como un conjunto de propuestas a partir de las cuales podemos reflexionar sobre una gran cantidad de temas que no pueden ubicarse exclusivamente en la historia, ni en la filosofía ni en la politología, pero que reúne y pone en común reflexiones de estas tres disciplinas. Encontramos temas interesantes como la fuerte influencia de Roma en la definición actual de Occidente. Se nos presenta una reflexión sobre la evolución que lleva al terreno de las ciencias sociales un concepto que actualmente parecía monopolizado por las ciencias naturales. Se adentra en algunos asuntos filosóficos particularmente curiosos como la relación entre Roma y el epicureísmo, un vínculo que solo es evidente en las escasas grandes figuras del epicureísmo latino como Tito Lucrecio. Siendo el estoicismo la corriente que, claramente, más influencia y trascendencia tuvo en el pensamiento romano, es interesante pensar en la posible influencia que, al menos durante una época concreta, pudo tener también el epicureísmo en la Roma en pleno auge imperial. Pero, además de todo esto, este libro también deja algunas enseñanzas ético-políticas muy relevantes a tener en cuenta en una sociedad neoliberal tan convulsa como la que vivimos en la actualidad, y es el hecho de no ver al Otro como un simple adversario sino como una opción de apertura para nuestra evolución colectiva.

Adrián Baquero Gotor
Universidad de Zaragoza
abaquero@unizar.es